

del que un tanto es un paisaje urbano en la migración cíclica de la especie representada en la pintura, por ejemplo, puede enriquecer nuestro conocimiento de ese entorno.

Y en tercer lugar, Heyd examina formas de restaurar la naturaleza dañada. El autor toma el ejemplo frecuente de un paisaje que haya sido transformado por una extracción minera y se plantea qué habría que hacer con él. ¿Sería una buena solución reparar las heridas visibles como si nunca hubiera sucedido nada? Eso resultaría tan difícil como también falso. Heyd se inclina por la solución que han ofrecido algunos artistas como Robert Morris: reinventar el lugar convirtiéndolo en una obra de arte, dándole así un nuevo significado, pero sin ocultar su historia y el daño sufrido.

En la última parte del libro, el autor explora el papel de la cultura en el desarrollo de actitudes apropiadas para una convivencia simbiótica con la naturaleza, y defiende la necesidad de crear una «cultura de la naturaleza», una cultura de una buena convivencia. El ser humano necesita de la naturaleza, y ciertas formas de actividad humana son plenamente com-

patibles con el respeto a las otras formas de vida. Es más, según Heyd, es posible que la cultura contribuya a un mejor desarrollo conjunto de los seres vivos humanos y no humanos. Por ejemplo, ciertas formas de agricultura tradicional aumentan la biodiversidad y crean paisajes bellos e interesantes. Se trata de desarrollar una cultura que permita a la naturaleza expresarse de forma espontánea, que reconozca su autonomía y su significatividad moral.

El libro concluye proponiendo los jardines como un lugar de experimentación en el que hallar nuevas formas de cooperación y enriquecimiento mutuo, donde aprender a respetar la espontaneidad de la naturaleza, y asumirla en una relación simbiótica. Recupera así un tema tan antiguo como la misma cultura, pero que necesita ser repensado en estos tiempos de crisis que se abren ante nosotros. El jardín, ese ejercicio de convivencia que se viene realizando desde los orígenes de la historia humana, se revela ahora como una sugerente escuela de futuro.

Marta Tafalla

Universitat Autònoma de Barcelona

MUÑOZ, Francesc (2008)

UrBANALización. Paisajes comunes, lugares globales

Barcelona: Gustavo Gili

El paisaje urbano es un paisaje repetido, reincidente, sin principio ni fin, estandarizado y común que deviene en continuo movimiento. A través de *UrBANALización*, Francesc Muñoz, doctor en Geografía y profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, donde dirige el Observatorio de la Urbanización y el Máster de Intervención y Gestión del Paisaje, nos introduce en un estudio sobre los efectos de la globalización en el paisaje urbano, cómo ésta ha convertido las ciudades en espa-

cios organizados arquitectónicamente para el consumo, el ocio, la cultura y el turismo global. Lo que nos sitúa ante una sospecha por parte del autor: quizás nos estamos enfrentando a una urbanización banal del territorio, un fenómeno que se da cuando los espacios públicos pasan a ser utilizados como «playas de ocio».

Tras un prólogo de Saskia Sassen, profesora de la Universidad de Chicago, el libro se estructura en un prefacio, cinco capítulos y un epílogo cuya función es

deconstruir y analizar la situación del paisaje urbano en la actualidad, así como la expansión y las consecuencias de la llamada *urbanización*, concepto que Muñoz dio a conocer en su tesis doctoral, y que aplica al estudio de cuatro ciudades: Londres, Berlín, Buenos Aires y Barcelona. El autor analiza la relación entre los cambios sociales, culturales y las diferentes políticas de urbanismo con la transformación del paisaje urbano de estas cuatro ciudades.

En el primer y segundo capítulo, «1.000 territorios en deconstrucción» y «La ciudad multiplicada, la ciudad de los territoriantes», nos situamos ante la importancia de los cambios que se han sucedido en la organización económica de las ciudades occidentales en las últimas décadas, cambios que han afectado tanto a la producción como al consumo. A partir de la década de 1980, con la incorporación de las nuevas tecnologías tanto a los sectores productivos como a los terciarios, el escenario económico sufrió una progresiva segmentación y una especialización de la actividad, así como de sus localizaciones en el territorio. En el transcurso de las tres últimas décadas del siglo XX, los mercados de consumo sufrieron una progresiva fragmentación, que dio lugar a la multiplicación y la jerarquización de los estilos de vida, a la generación de productos diferenciados, la producción en *small-batches*. Un modelo flexible que introducía variaciones y cambios en el diseño de manera continua, por tanto productos con una veloz fecha de caducidad en relación a las tendencias. Esta velocidad es una de las características de las ciudades actuales, donde no podemos obviar la importancia de los flujos. Francesc Muñoz destaca la importancia de considerar estas movibilidades que se dan en las ciudades contemporáneas como una de las claves que nos acercará a comprender la urbanización actual

y las nuevas formas de habitar, como el caso de los/las territoriantes, aquellos/aquellas que usan el espacio urbano en función del tiempo. Como en su día lo fue el *flâneur* de Hessel en la ciudad industrial, el/la terrortiante es el/la habitante de la ciudad multiplicada, el/la que desarrolla diferentes actividades en diversos puntos del territorio de forma cotidiana, aunque debemos precisar que es terrortiante entre lugares más que habitante de un lugar, lo que crea, entre otros, el debacle de ciertos binomios en relación al paisaje urbano como el de ciudad-territorio, ya que se ve continuamente en debate debido a las nuevas formas espaciales de la centralidad urbana y a las nuevas formas de habitar el espacio urbano. Por lo tanto, estas nuevas formas de ocupar el espacio, como las interrelaciones que se generan a modo de rizoma, tienen una repercusión directa en la urbanización de las metrópolis contemporáneas.

El tercer capítulo, «Urbanización», emprende la cuestión que da título al libro desde un análisis exhaustivo acerca de qué podemos entender por una urbanización banal de un territorio. A priori, destacan dos ejemplos de territorios urbanizados: los centros históricos y los frentes marítimos. Francesc Muñoz se refiere a los centros históricos como lugares que a partir de la rehabilitación se presentan como un «lugar especializado»¹ encauzado al consumo ya sea a través de actividades relacionadas con el ocio, la cultura y el turismo global. Se pueden visitar museos, galerías, tiendas de souvenirs o cafés emblemáticos; todos ellos son agentes que forman parte de un paisaje urbano restaurado que le permite al turista encontrar el factor histórico con la forma y el contenido esperados, estandarizado por la publicidad turística. Centros históricos que proporcionan una lectura rápida, simplista y banal de la ciudad.

1. MUÑOZ, F. (2008). *Op. cit.*, p. 65.

Algo similar ocurre con los frentes marítimos, pero en el caso de éstos las propias ciudades los suelen presentar como islas autosuficientes que funcionan independientes al resto de la ciudad. Son lugares que se han convertido en «islas» de ocio y turismo divididas en parcelas diseñadas para el orden y el control, tanto de seguridad como de consumo; en definitiva, un lugar de diversión controlada. En relación a estos dos espacios urbanos, Francesc Muñoz también destaca el papel que juegan los espacios comerciales, como por ejemplo los extendidos centros comerciales. Lugares que junto a los anteriores se pueden denominar lugares limpios, es decir, que ofrecen consumo y diversión con seguridad, control y simplicidad. También se citan otros dos tipos de urbanización del territorio: los parques temáticos y las zonas residenciales de baja densidad con sus casas unifamiliares o casas en hilera. Pero la cuestión es la siguiente: ¿Qué es lo que unifica a todos estos territorios? Según Muñoz, la ciudad urbana se sostiene sobre cuatro nuevos requerimientos que sustentan la urbanización:

1. La imagen como primer factor de producción de la ciudad. En décadas anteriores los eslóganes publicitarios, en todos sus formatos, representaban la ciudad; pero actualmente ésta se ha convertido en el soporte para la marca anunciada, es decir, la ciudad ha acabado teniendo la misma función que otros productos de la economía global. Pero en esto último encontramos una paradoja, y es que las ciudades han utilizado el marketing y el branding para venderse como «una única y diferente a las demás»; han buscado mostrar lo específico, y en cambio actualmente la ciudad(es) se muestra como el más banal de los lugares, ya que los grandes núcleos urbanos globalizados se han convertido en paisajes urbanos sospechosamente similares.
2. La necesidad de condiciones suficientes de seguridad urbana. Este requerimiento hace referencia al consumo de seguridad como un elemento propio de la vida urbana. Para plantear esta cuestión el autor hace referencia a *Loft Living* de Sharon Zukin, sobre la elitización de las grandes ciudades relacionada con la renovación urbana de las mismas. Francesc Muñoz utiliza la terminología *lock living* de Zukin para referirse al diseño de entornos seguros como algo que da valor a los espacios urbanos, factor fomentado por las políticas mediáticas del miedo y el terror. Esta tendencia al diseño de espacios seguros pone en peligro acabar derivando en lugares que minimicen los contenidos y las calidades urbanas.
3. La utilización de algunos elementos morfológicos de la ciudad como el espacio público en términos de «playas de ocio». Los nuevos espacios urbanos se han convertido en «diversidades a la carta» donde se nos presentan productos que ofrecen mestizaje, cosmopolitismo, multiculturalidad y diversidad, entre otros. Unos procesos de cambio que afectan a la ciudad, tendencias que han condicionado la función de la misma y que necesitan de una nueva morfología.
4. El consumo del espacio urbano a tiempo parcial, que implica el predominio de comportamientos vinculados a la experiencia del visitante entre lugares más que a la del habitante de un lugar. Este nuevo requerimiento urbano hace referencia a la rapidez propia de la vida en las zonas urbanas que deriva en centros de ocio «multiplex», nuevos espacios que devienen territorios influidos por la movilidad de los habitantes entre lugares, un nuevo tipo de espacios que cartografían exhaustivamente el ocio efímero, la multiplicidad y la flexibilidad. Los

espacios multiplex concentran las grandes movilizaciones de ocio de las zonas urbanas, pero siempre tienen un factor temporal determinante, como por ejemplo los fines de semana; son espacios que actúan como compresores espacio-temporales que nos muestran las nuevas necesidades territoriales; pero esto sucede al margen de la ciudad, es decir, se da una indiferencia ante el lugar. Espacios que pueden repetirse casi de forma idéntica en diferentes territorios. Una urbanización banal que tematiza los espacios públicos y, en cierto modo, los privados.

El cuarto capítulo, «Cuatro itinerarios urbanos», analiza rigurosamente las políticas urbanas de Londres, Berlín, Buenos Aires y Barcelona, así como los cambios, tanto sociales como de paisaje, que han sufrido estas ciudades tras la aplicación de dichas políticas. Concretamente, el cuarto capítulo se centra en ver hasta qué punto estas transformaciones se han basado en los tres elementos que caracterizan la *urbanización*: la especialización funcional, la segregación de la forma urbana y la tematización del paisaje.

En el caso de Londres se dan tres claves que destacan por encima de las demás en cuanto al proceso de urbanización y re-generación del paisaje urbano. Por un lado, el lugar privilegiado que las instancias públicas han otorgado al capital privado en las diferentes fases de remodelación, por lo que ésta acababa dependiendo en última instancia de la iniciativa privada. Por otro lado, la aplicación repetida de uso del suelo en función de los sectores. Y por último, una tematización del territorio, como consecuencia de lo anterior, dando lugar a revalorizar territorios en desuso enfocados al consumo y al entretenimiento, como, por ejemplo, el caso de la Tate Modern. Antiguas fábricas convertidas en parques temáticos diseñados de tal forma que

condicionan una visión nostálgica de la historia del lugar.

Berlín quizás sea una de las ciudades que ha sufrido mayores renovaciones urbanas durante el siglo XX. Posteriormente a la caída del muro, Berlín sufrió una reestructuración absoluta del mapa de usos del suelo basada en el boom inmobiliario y la actuación pública respecto a la venta de suelo perteneciente a las autoridades locales. Desde entonces, Berlín se ha presentado al mundo como una ciudad de servicios que cotiza al alza en los mercados globales. A pesar de su agitada historia, la capital alemana ha cogido el ritmo de desarrollo urbanístico presente en la gran mayoría de ciudades del primer mundo. Esto es: una transformación urbana del centro, dispersión de las actividades y residencias en la periferia.

La ciudad que ofrece, desgraciadamente, la versión más descarnada del proceso de urbanización, de las cuatro aquí citadas, es Buenos Aires.

Buenos Aires ha sufrido durante las últimas décadas una serie de políticas neoliberales que han supuesto cambios radicales en la gestión del territorio urbano. Esta mala gestión ha dado lugar a un territorio habitado por más de 14 millones de personas en el que la crisis económica, la crisis ambiental y la crisis social son tres elementos claves de un modelo de urbanización deficitario, donde, a pesar de las apariencias de «modernidad urbana», en muchos municipios los servicios urbanos son prácticamente inexistentes. Pero todo esto, a diferencia de Londres y Berlín, queda disimulado bajo la estetización de la mirada del turista, que ve la pobreza y las reivindicaciones callejeras desde una especie de narración iconográfica condicionada por su guía de viaje.

El análisis de las políticas urbanas finaliza con el caso de Barcelona, la ciudad marca por excelencia, una ciudad reconstruida en base al branding. La imagen urbana de la Ciudad Condal vende

ante todo su «identidad mediterránea cosmopolita»; el principal motivo de la búsqueda de esta identidad fueron los Juegos Olímpicos de 1992, pero con el tiempo ha derivado en un espacio urbanalizado, un parque temático que vende cultura modernista característica del lugar y en el que los servicios están más dedicados a los visitantes que a los habitantes.

Cuatro ciudades repensadas en conceptos de urbanización que, por diferentes motivos, teniendo la economía un especial protagonismo en todos los casos, han sido reordenadas y reconstruidas en función de los principios básicos de urbanización nombrados anteriormente, toda una creación de itinerarios urbanos.

El capítulo quinto, «Banalscapes, los paisajes de la urbanización», viene a ser una conclusión del anterior clarificando que el proceso de urbanización ya no sólo afecta a los distritos de negocios, sino, como hemos visto anteriormente, aqueja a los centros históricos, frentes marítimos, periferias suburbanas y viejas áreas industriales. Por lo tanto, estos *Banalscapes* contienen una naturaleza genérica, en

ningún caso concreta, multiplicada y única que construye los espacios urbanos en la actualidad. Unos paisajes urbanos híbridos y globales.

UrBANALización concluye con un epílogo llamado «Contra la urbanización», toda una declaración de intenciones sobre la necesidad de conocer y analizar con seriedad las consecuencias de la urbanización, como lo son el monocultivo turístico, la estandarización del paisaje y la elitización social, y como éstas agreden, de modo muy sutil, al derecho a la ciudad que tiene el habitante.

La ciudad puede y debe ser mucho más que una superficie limpia, rasa y pulida. Puede y debe ser mucho más que una lámina transparente ante la cual ver reflejada la propia sonrisa y la de los que saben o pueden sonreír. La ciudad puede y debe ser el lugar donde poder recuperar la variedad de gestos perdidos en el camino hacia lo urbano.²

Laura Benítez Valero

Universitat Autònoma de Barcelona

NOGUÉ, Joan (ed.) (2007)

La construcción social del paisaje

Madrid: Editorial Biblioteca Nueva

El paisaje forma parte de nuestra vida cotidiana, lo miramos, y no sólo, sino que también lo tocamos, olemos y oímos; de modo que percibirlo es una forma de construirlo. El paisaje, como indica el título del libro, es una construcción social, un diseño colectivo y una proyección cultural de la sociedad. Los textos reunidos en este volumen problematizan el paisaje desde una base común: su concepción procesual y la delegación de su autoría en nosotros mismos como sociedad. El libro que aquí reseñamos

propone, por una parte, el acceso a modos inéditos de comprensión del paisaje, y por otra, una reflexión sobre éste desde múltiples perspectivas que enriquecen sus posibilidades discursivas, actualizando nuestro vocabulario a la hora de referirnos a él.

El libro se constituye como una obra colectiva dirigida por el catedrático de Geografía Humana de la Universitat de Girona y director del Observatori del Paisatge de Catalunya, Joan Nogué, quien nos presenta un patchwork de discursos

2. MUÑOZ, F. (2008). *Op. cit.*, p. 215.